

De cómo Panchito Mandefuá fue a cenar con el Niño Jesús

por José Rafael Pocaterra



I
 A ti que esta noche irás a sentarte a la mesa de los tuyos, rodeado de tus hijos, sanos y gordos, al lado de tu mujer que se siente feliz de tenerte en casa para la cena de Navidad; a ti que tendrás a las doce de esta noche un puesto en el banquete familiar, y un pedazo de pastel y una hallaca y una copa de excelente vino y una taza de café y un excelente "Hoyo de Monterrey", regalo especial de tu excelente vicio; a ti que eres relativamente feliz durante esta velada, bien instalado en el almacén y en la vida, te dedico este cuento de Navidad, este cuento

feo e insignificante, de Panchito Mandefuá, granuja billetero, nacido de cualquiera con cualquiera en plena alcabala, chiquillo astroso a quien el Niño Dios invitó a cenar.

II
 Como una flor de callejón, por gracia de Dios no fue palúdico, ni zambo, ni triste; abrióse a correr un buen día calle abajo, calle arriba, con una desvergüenza fuerte de nueve años, un fajo de billetes aceitosos, y un paltó de casimir indefinible que le daba por las corvas y que era su magnífico macferland de bolsillos profundos, con bolsillito pequeño para los cigarrillos, que era su orgullo, y que le abrigaba en las noches del enero frío y en los días de lluvia hasta cerca de la madrugada, cuando los puestos de los tostaderos son como faros bienhechores en el mar de niebla, de frío y de hambre que rodea por todas partes, en la soledad de las calles, al pobre hamponcillo caraqueño. Hasta cerca de medianoche, después de hacer por la mañana la correría de San Jacinto y del Pasaje y el lance de doce a una en la puerta de los hoteles, frente a los teatros o por el bulevar del Capitolio, gritaba chillón, desvergonzado, optimista:
 -Aquí lo cargoooo... El tres mil seiscientos setenta y cuatro; el que no falla nunca ni fallando, ¡archipetaquiremandefuá...!
 El día bueno, de tres billetes y décimos, Panchito se daba una hartada de frutas; pero cuando sonaban las doce y sólo- después de soportar empujones, palabras soeces; agrios rechazos de hombres fornidos que tomaron ron- contaba en la mugre del bolsillo catorce o dieciséis centavos por pedacitos vendidos, Panchito metíase a socialista, le ponía letra escandalosa a "La Maquinita" y aprovechaba el ruido de una carreta o el estruendo de un auto para gritar

obsenidades graciosísimas contra los transeúntes o el carruaje del general Matos o de otro cualquiera de esos potentados que invaden la calle con un automóvil enorme entre un alarido de cornetas y una hediondez de gasolina...; y terminaba desahogándose con un tremendo "mandefuá" donde el muy granuja encerraba como en una fórmula anarquista todas sus protestas al ver, cómo él decía, las caraotas en aeroplano.
 Quiso vender periódicos, pero no resultaba; los encargados le quitaron la venta: le ponía "mandefuá" a las más graves noticias de la guerra, a las necrologías, a los pesares públicos:
 -Mira hijito -le dijeron- mejor es que no saques el periódico, tú eres muy "mandefuá".

III
 Tuvo, pues, Panchito su hermoso apellido Mandefuá, obra de él mismo, cosa esta última que desdichadamente no todos son capaces de obtener, y él llevaba aquel Mandefuá con tanto orgullo como Felipe, Duque de Orleans, usaba el apelativo de igualdad en los días un poco turbios de la

Convención, cuando el exceso de apellidos podía traer consecuencias desagradables.
 Pero Panchito era menos ambicioso que el Duque y bastándole su "medio real podrido"-como gritaba desdeñosamente tirándoles a los demás de la blusa o pellizcándoles los fondillos en las gazaperas del Metropolitano.
 -Una grada para muchacho, bien "mandefuá" ¡De sus placeres más refinados era el irse a la una del día, rasero con la estrecha sombra de las fachadas, y situarse perfectamente bajo la oreja de un transeúnte gordo,





acompañado, pacífico; uno de esos directores de ministerio que llevan muchos paquetitos, un aguacate y que bajan a almorzar en el sopor bovino del aperitivo:

-¡El mil setecientos cuarenta y siete "mandefuá"!

-Granuja atrevido!

Y Panchito, escapando por la próxima bocacalle, impertérrito:

-¡Ese es el premiado, no se caliente mayoral!

El título de mayoral lo empleaba ora en estilo epigramático, ora en estilo elevado, ora como honrosa designación para los doctores

y generales del interior a quienes les metía su numeroso archipetaquiremandefuá.

Y con su vocablo favorito, que era penegórico, ironía, apelativo -todo a un tiempo-, una locha de frito y un centavo de cigarros de a puño comprado

en los kioscos del mercado, Panchito iba a terminar la velada en el Metro con "Los Misterios de Nueva York"; chillando como un condenado

cuando la banda apresaba a Gameson o advirtiéndole a un descuidado personaje que por detrás le estaba apuntando un apache con una pistola o que el leal perro del comandante Patouche tenía el documento escondido en el collar. Indudablemente era una autoridad en materia de cinematógrafo y tenía orgullo de expresarlo entre sus compañeros, los otros granujas:

-Mire, vale, para que a mí me guste una película tiene que ser muy crema.

IV

Panchito iba una tarde calle arriba pregonando un número "premiado" como si lo estuviese viendo en una bolita... Detúvose en una rueda de chicos después de haber tirado de la pata a un oso de dril que estaba en una tienda del pasaje y contemplando una vidriera donde se exhibían aeroplanos, barcos, una caja de soldados, algunos diábolos, un automóvil y un velocípedo de "ir parado" ... Y, de paso, rayó con el dedo y se lo chupó, un cristal de la India a través del cual se exhibían pirámides de bombones, pastelillos y unos higos brillantados como unas estrellas.

En medio del corro malvado, vio una muchachita sucia que lloraba mientras contemplaba regada por la acera una bandeja de dulces; y como moscas, cinco o seis granujas de habían lanzado a la provocación de los ponqués y de los fragmentos de quesillo llenos de polvo. La niña lloraba desesperada, temiendo el castigo.

Panchito estaba de humor: cinco números enteros y seis décimos ¡ochenta y seis centavos! la sola tarde después de haber comido y "chuchado"... Poderoso. Iría al Circo, que daban un estreno,

comería hallacas y podría fumarse hasta una cajetilla. Todavía le quedaban 2 bolívares con que irse por ahí, del Madero abajo para él sabía que... ¡Una noche muy crema!

Seguía llorando la chiquilla y seguían los granujas mojando en el suelo y chupándose los dedos...

Llegó un agente. Todos corrieron, menos ellos dos.

-¡Qué fue, qué pasó!

Y ella sollozando:

-Que yo llevaba para la casa donde sirvo esta bandeja, que hay cena allá esta noche y me tropecé y se me cayó y me van a echar látigo... Todo esto rompiendo a sollozar.

Algunos transeúntes detenidos encogieron de hombros y continuaron.

-Sigán, pues -les ordenó el gendarme.

Panchito siguió detrás de la llorosa.

-Oye, ¿cómo te llamas tú?

La niña se detuvo a su vez, secándose el llanto.

-¿Yo? Margarita

-¿Y ese dulce era de tu mamá?

-Yo no tengo mamá

-¿Y papá?

-Tampoco

-¿Con quién vives tú?

-Vivía con una tía que me "concertó" en la casa en que estoy.

-¿Te pagan?

-¿Me pagan qué?

Panchito sonrió con ironía, con superioridad:

-Guá, tu trabajo: al que trabaja se le paga, ¿no lo sabías?

Margarita entonces protestó vivamente:

- Me dan la comida, la ropa y una de las niñas me enseña, pero es muy brava.

-¿Qué te enseña?

-A leer... Yo sé leer; ¿tú no sabes?

Y Panchito, embustero y grave:

-¡Pauh! como un clavo...Y sé vender billetes, y gano para ir al cine y comer frutas y fumar de a caja.

Dicho y hecho, encendió un cigarrillo... Luego, sosegado:

-¿Y ahora qué dices allá?

-Diga lo que diga, me pagan...- repuso con tristeza bajando la cabecita

enmarañada. Un rayo de luz se hizo en la no menos enmarañada cabeza del chico:

-¿Y cuánto botaste?

-Seis y cuartillo: aquí está la lista- y le alargó un papelito sucio.

-¿Espérate, espérate!- Le quitó la bandeja y echó a correr.

Un cuarto de hora después volvió:

-Mira: eso era lo que se te cayó, ¿nojerdá?

Feliz, sus ojos brillaron y una sonrisa le iluminó la carita sucia.

-Sí..., era...

Fue a tomarla, pero él la detuvo:

- No; yo tengo más fuerza, yo te la llevo.

-Es que es lejos- expuso, tímida.

-¡No importa!

Por el camino él le contó, también, que no tenía familia, que las mejores películas eran en las que trabajaba Gamesson y que podían comerse un gofio...

-Yo tengo plata, ¿sabes?- y sacudió el bolsillo de su chaquetón tintineante de centavos.

Y los dos granujas echaron a andar.

Los hociquillos llenos de borona seguían charlando de todo.

Apenas si se dieron cuenta de que llegaban.

-Aquí es... Dame

Y le entregó la bandeja.

Quedáronse viendo ambos a los ojos:

-¿Cómo te pago yo?- le preguntó con tristeza tímida.

Panchito se puso colorado y balbuceó:

-Si me das un beso.

-¡No, no! ¡Es malo!

-¡Por qué!

-Guá porque sí...

Pero no era Panchito Mandefuá a quien se convencía con razones como ésta; y la

sujetó por los hombros y le pegó un par de besos llenos de gofio y de travesura.

-Grito..., que grito...

Estaba como una amapola y por poco tira otra vez la dichosa dulcera.

-Ya está, pues, ya está.

De repente se abrió el anteportón. Un rostro de guardaña, de solterona fea y vieja apareció:

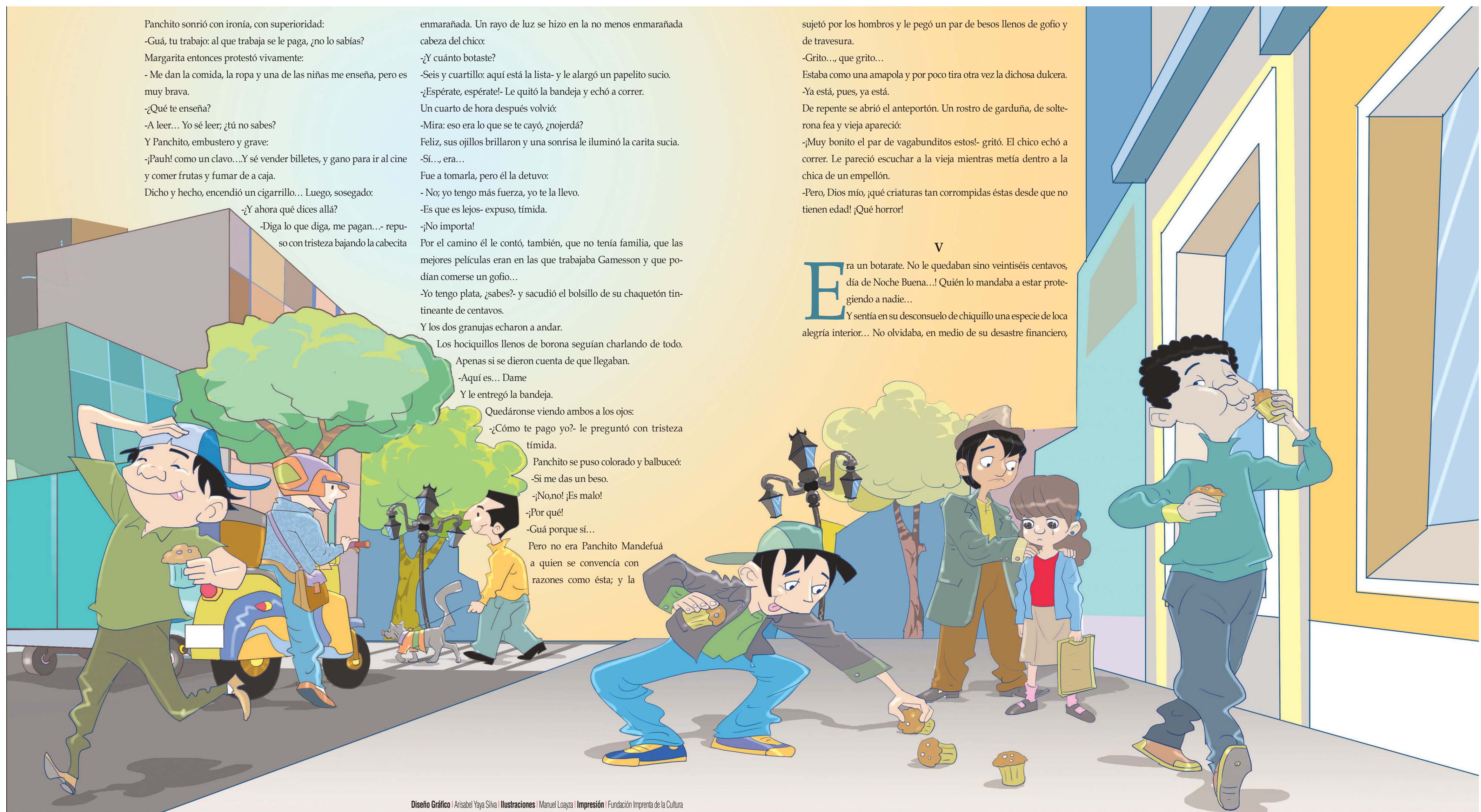
-¡Muy bonito el par de vagabunditos estos!- gritó. El chico echó a correr. Le pareció escuchar a la vieja mientras metía dentro a la chica de un empujón.

-Pero, Dios mío, ¡qué criaturas tan corrompidas éstas desde que no tienen edad! ¡Qué horror!

V

Era un botarate. No le quedaban sino veintiséis centavos, día de Noche Buena...! Quién lo mandaba a estar protegiendo a nadie...

Y sentía en su desconuelo de chiquillo una especie de loca alegría interior... No olvidaba, en medio de su desastre financiero,





los dos ojos, mansos y tristes de Margarita. ¡Qué diablos!, el día de gastar se gasta “archipetaquiremandefuá”...

VI

A las once salió del circo. Iba pensando en el menú: hallaca de “a medio”, un guarapo, café con leche, tostada de chicharrón y dos “pavos rellenos” de postre. ¡Su cena famosa! Cuando cruzaba hacia San Pablo, un cornetazo brusco, un soplo poderoso y de Panchito Mandefuá apenas quedó, contra la acera de la calzada, entre los rieles del eléctrico, un harapo sangriento, un cuerpecito destrozado, cubierto con un paltó de hombre, arrollado, desgarrado, lleno de tierra y sangre... Se arremolinó la gente, los gendarmes abrieron paso...

-¿Qué es? ¿qué sucede allí?

-¡Nada hombre! que un auto mató a un muchacho “de la calle”...

-¿Quién?... ¿Cómo se llama?...

-¡No se sabe!, un muchacho billetero, un granuja de esos que están bailándole a uno delante de los parafangos...- informó indignado, el dueño del auto que guiaba un “trueno”.

VII

Y así fue a cenar en el Cielo, invitado por el Niño Jesús esa Noche Buena, Panchito Mandefuá...



José Rafael Pocaterra



(Valencia, 1889-Montreal, Canadá, 1955) Destacado periodista y uno de los escritores venezolanos más importantes. A los 18 años fue encarcelado a causa de sus escritos contra Cipriano Castro. También enfrentó a Juan Vicente Gómez, quien lo encarceló en La Rotunda por tres años. Participó en la invasión libertadora de Venezuela, que fue derrotada cuando los revolucionarios desembarcaron en Cumaná en el buque Falke, en 1929. De su tiempo en La Rotunda nació la obra *Memorias de un venezolano de la decadencia*, publicada en 1927, que tuvo gran impacto por los horrores que denunciaba. Sus *Cuentos grotescos* (1915), aunque parecen solo textos de ficción, denuncian la sociedad decadente de la época, ejemplificada en su personaje Panchito Mandefuá, abandonado a su suerte en una ciudad que ve como algo natural que un niño viva de esa manera.